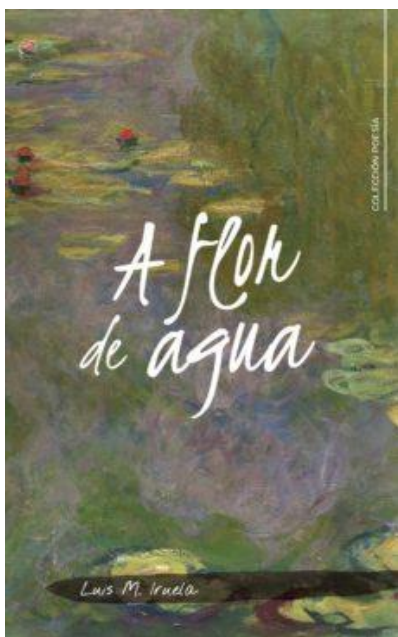


Hemos leído

Iruela, Luis. *A flor de agua*, Caligrama (Penguin Random House), 2020.

José Lázaro

Profesor de Humanidades Médicas, UAM



La poesía es un género literario en el que caben todos los géneros literarios. Si en el aspecto formal lleva al máximo grado lo que define a toda literatura (el arte de componer música con las palabras) su contenido se extiende a través de todos los tipos de escritura: hay poesías épicas y líricas, pero también filosóficas y narrativas, humorísticas y dialogadas...

Pero quizá la diferencia con otras ramas de la literatura esté en que la poesía lleva al máximo grado una característica de todas ellas: decir las cosas siempre de forma indirecta. La alusión, la metáfora, la metonimia, son instrumentos al servicio de ese arte de sugerir que todo poeta cultiva, algunos de forma casi transparente (Kavafis, Borges) y otros de forma críptica (Góngora, el Lorca de *Poeta en Nueva York*).

El autor de este poemario es un psiquiatra de profundo bagaje cultural y amplia experiencia clínica.

En su madurez ha emprendido una ambiciosa tarea que requiere, entre otras, esas dos cualidades: la de reflexionar, con las armas de la lírica, sobre los aspectos menos obvios del enfermar. Se trata de asir vivencias que no siempre son fáciles de captar, y menos de transmitir, gracias a la potente herramienta del verso. Por ejemplo, el dolor doble del enfermo que agoniza en soledad:

Un hombre muere
en la calle
entre inatentas palomas.
Llevaba a solas
su enfermedad.

Cuando el hombre
muere en la calle,
¿siempre está tan
sucio el suelo?

O la experiencia del médico que, entrenado en la Universidad para reconocer e interpretar alteraciones físicas del cuerpo, tropieza —ya en la clínica— con las inmateriales angustias del alma:

Fiebre, rubor,
tumor y deformidad
busca el médico
en cada dolencia,
pero solo encuentra
miedo
en la visita diaria,
miedo a que un angosto
futuro
deshaga nuestra esperanza
en pasada libertad.

Un miedo que es inevitable porque la enfermedad grave suele ser regresiva, haciendo recordar el principio a la vez que aparece el espanto por el absurdo final que se acerca:

Se vuelve el rostro
hacia el origen,
al fundamento
del mundo,
y se entiende
que la nostalgia
cuida de la verdad
en la arcadia
primigenia,
donde lo real
es eterno,
como el vaso de agua
atrapado
en una tarde de sol.
Hoy el enfermo pregunta:
«¿Puede desvanecerse
una vida
que ha dedicado a vivir
tanto esfuerzo?».

Inevitablemente, los temas clave se repiten. Al sufrimiento de la enfermedad se añade siempre la soledad interior de la persona enferma; y lo peor es que también se añade a veces la soledad exterior, subrayando de ese modo la insoportable soledad del mal:

Límites negros del hielo
donde la blancura cristal
se deshace
y las líneas de agua
caen sucias
por las mejillas
de una mala noticia.
Nadie a la vista
para llorar un diagnóstico.
«Pide y serás rechazada»
siente la enferma,
afrontada a su propia
libertad.

Y cuando la realidad es intolerable surge inevitablemente la tentación de sustituirla por la fantasía. Al fin y al cabo, la principal virtud de la imaginación es que nos ayuda a soportar lo insoportable cambiándolo por lo inexistente:

El deseo convertido en fe,
en místico narcisismo
que alivia el cuerpo herido
con la acción del milagro.
Un cielo contra la angustia
y una vuelta a la gloria
de los días felices,
cuando el cerebro invulnerable
se alzaba sobre la vida
tocando la perfección.

Pero al final llega siempre la perentoria obligación de cruzar el último límite, el inconcebible límite tras el cual nada queda de todo lo que fue, de todo lo que fuimos:

Siempre apartando sombras,
camina entre nosotros
quien está dejando de ser.

La condición de enfermo
es vivir con dignidad
a flor de agua.

Al escribir sobre una novela o un ensayo estamos, al fin y al cabo, prolongando con un segundo discurso verbal lo que hemos pensado al leer el primero. Quien escribe sobre música o pintura, en cambio, tiene que expresar en palabras impresiones estéticas de carácter extraverbal. Si es cierto que la poesía es el género literario que lleva al máximo extremo el arte de construir música con palabras, sin renunciar por ello a transmitir sensaciones, observaciones e ideas, ningún comentario puede sustituir a una muestra directa de lo comentado. Pero tampoco es ociosa la posibilidad de interpretar el contenido de los poemas y deliberar con otros (incluido el propio autor) sobre lo que los poemas quieren decir, lo que sugieren, lo que dicen sin querer...